

A las 08:35 horas de hoy, 17 de abril de 2011, un teniente español ha resultado herido al estallar un artefacto explosivo improvisado (IED) a unos dos kilómetros al suroeste del destacamento avanzado de Ludina, en la provincia de Badghis (Afganistán). El teniente, cuya identidad responde a las iniciales D. P. S. (nacido en Madrid en 1981), fue evacuado de inmediato en helicóptero al hospital de campaña de las fuerzas de la OTAN. El militar español formaba parte de la tripulación de un vehículo Lince, especialmente diseñado para resistir los atentados con minas y que no ha resultado dañado, pero el teniente se encontraba fuera del vehículo en el momento de la explosión. El Ministerio de Defensa ha abierto una investigación para conocer y dar a conocer a la opinión pública el modo en que se han producido los hechos que han desembocado en tan lamentable desenlace.

Con esta nota, leída por los servicios informativos de Radio Nacional de España, se despertó Paula el domingo 17 de abril, ya cerca del mediodía. Y de inmediato supo que se trataba de él, de Daniel Peñalver Soteras. De repente sintió un fuerte mareo, una especie de vértigo que no pudo vencer, y corrió al cuarto de baño, golpeándose con las paredes del pasillo, para meter la cabeza bajo el grifo del agua fría. No alcanzó el lavabo: se desplomó en medio del cuarto de aseo y se golpeó la cara con la taza del váter, añadiendo, a las ganas de vomitar, un intenso dolor en el pómulo derecho. Sus arcadas fueron secas; y el dolor le permitió recuperar la sensación de estabilidad. Entonces se levantó poco a poco, abrió el grifo de la ducha y se empapó

la cabeza y la cara. Unos minutos después, mientras se secaba con una toalla, oyó la llamada del móvil.

- ¿Paula?

- Sí, Lola, sí –respondió con la respiración entrecortada-. Acabo de oírlo en la radio.

- Su padre y yo... Bueno, acaban de avisarnos del Cuartel General del Ejército. Vamos ahora mismo para allá. No sé si quieres que pasemos a buscarte y...

- Sí, sí, claro. Me visto y estoy en el portal en cinco minutos.

Los padres de Daniel llegaron a casa de Paula instantes después de que ella saliera a esperarlos. Se subió al asiento posterior del monovolumen BMW y el coche siguió a toda velocidad en dirección a la calle de Prim, por donde les habían informado que tenían que acceder al Cuartel General. Dionisio, el padre del chico, no movió un músculo de la cara ni abrió la boca; su madre, Lola, estaba llorando y sólo volvió la cabeza para buscar consuelo en los ojos de Paula, que estaban también inundados de lágrimas. Se tomaron de la mano y gimieron doloridas.

- ¿Qué os han dicho? –balbució Paula.

- No sabemos nada –Lola volvió a llorar ruidosamente. Después de un rato de intentar contener la congoja, logró decir:- ¡Nos lo han matado, Paula! ¡Nos lo han matado!

- ¡Qué coño! –gritó el padre, sin mirar a su mujer-. ¡No le hagas ni puto caso! Nadie ha hablado de muertos. Sólo nos han dicho que el imbécil de tu novio está herido, nada más.

- ¡No hables así de mi hijo! –se encolerizó Lola-. ¡Mi hijo es un héroe!

- ¡Tu hijo es un gilipollas! –replicó él, más bruscamente aún.

Los tres permanecieron en silencio el resto del trayecto hasta el cuartel militar. Paula no se atrevió a mediar en la discusión de los padres de Daniel y se limitó a llorar en silencio. Sólo se oían la radio, que repitió dos veces la misma información con que se había despertado Paula, y los gemidos del llanto de Lola, cada vez más espaciados.

Era evidente que les estaban esperando en el recinto del cuartel porque las puertas de hierro estaban abiertas y dos soldados de la guardia les saludaron militarmente al llegar, indicándoles que siguieran al interior del patio ajardinado hasta la tercera puerta del edificio de la derecha. Allí, al pie de los cinco peldaños de la escalera, les recibió otro militar uniformado y un civil.

- Señor Peñalver –el hombre uniformado se acercó a la ventanilla del conductor-. Soy el coronel Matesanz. Acompañénnos, por favor. Señora... –se inclinó al estrechar la mano de Lola en su saludo.

- ¿Qué le ha pasado a mi hijo? –se apresuró a preguntar la madre, al borde de la histeria-. ¿Está vivo?

- Tranquila, señora –trató de calmarla el coronel con un estudiado tono de voz pausado-. Ahora les daremos todos los detalles. Y permítanme que les presente al doctor Ceballos, psicólogo. Trabaja para nosotros, para el Ejército, y a partir de este momento está a su servicio.

- ¿Un psicólogo? ¿Para qué coño necesita mi mujer un psicólogo? –Dionisio se enfrentó al coronel-. ¿Es que mi hijo está muerto? ¿Es eso lo que nos quiere decir?

- No, no –cabeceó el coronel-. Nuestras informaciones son que sólo se encuentra herido. Pero en estos casos el protocolo del Ministerio prescribe que...

- Ven, Paula –Dionisio se ayudó del brazo de la chica para subir las escaleras y lanzó una mirada fulminante al coronel-. Anda, hija, vamos a entrar porque me estoy empezando a poner nervioso. A ver qué nos dicen ahí dentro.

La sala a la que les invitaron a entrar era muy grande. El suelo de parqué, reluciente, parecía recién barnizado. Las paredes, forradas con listones de madera, daban a la estancia un aire acogedor, más aún por los colores cálidos con que doraba el sol todos los rincones, traspasando los grandes ventanales de visillos descorridos. Un tresillo de cuero negro y otras dos butacas de madera con el sillar y la espaldera tapizados en terciopelo rojo formaban un amplio círculo que rodeaba una mesa baja sobre la que se amontonaban una pila de revistas militares y algunos objetos decorativos. A un lado del salón, dos soldados de uniforme, con guantes blancos, atendían una mesa de comedor sobre la que había una jarra de café, varias botellas con refrescos y algunas bandejas con piezas de bollería y canapés.

- Tomen asiento, por favor –el coronel les indicó el sofá y los sillones. Esperó a que lo hicieran y después se sentó en una de las butacas, frente a ellos-. ¿Quieren tomar un café?

- No hemos venido a tomar café –respondió Dionisio con brusquedad.

- Por supuesto, por supuesto –afirmó Matesanz-. Pero si en algún momento les apetece algo...

- ¿Tienen una tila? –preguntó Lola-. Porque yo... Ay, Señor... No sé cómo puedo mantenerme en pie.

- Yo sí tomaría un café –añadió Paula, con un tono de disculpa en la voz-. Con las prisas, no me ha dado tiempo a... y estoy en ayunas.

- Por supuesto. –El coronel Matesanz hizo un gesto a los soldados de servicio, que se apresuraron a preparar lo indicado. Luego

se recostó en la butaca y respiró profundamente antes de empezar a hablar-. Lo que sabemos, hasta ahora, no es gran cosa. El Ministerio de Defensa, como ya sabrán por las noticias, ha abierto una investigación y los informes que han llegado a Inteligencia militar dicen que el teniente Peñalver, su hijo, está herido, aunque es preceptivo reservar el pronóstico.

- O sea, que no es grave –Paula no pudo contenerse.

- Bueno, no es exactamente eso lo que les acabo de decir –matizó el coronel-. Por ahora no conocemos la verdadera gravedad de sus heridas, así es que, aunque en el ejército tenemos la obligación de no utilizar nunca el concepto de pronóstico reservado, prefiero expresarme así para que comprendan que es muy poco lo que sabemos con certeza, por lo que me reservo aventurar otro pronóstico médico. Es, con precisión, lo que les puedo decir. Las heridas se han producido por la explosión de un artefacto de potencia media que ha alcanzado al teniente Peñalver en la cabeza, y de inmediato se le ha practicado una primera valoración de daños producidos antes de decidirse, por los servicios médicos, un traslado inmediato a la península para proceder a las necesarias intervenciones quirúrgicas que, al parecer, son imprescindibles. De hecho, ya ha sido embarcado, en la base de Herat, en un Airbus 310, medicalizado, de las Fuerzas Aéreas Españolas, con apoyo de personal médico de la Unidad Médica de Apoyo a la Aeroevacuación del Ejército del Aire, la UMAER, y en este momento vuela en dirección a Madrid. Su llegada está prevista para esta misma tarde y aterrizará en la base aérea de Torrejón, en donde todo está dispuesto para ser trasladado en una ambulancia al Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Mis órdenes son, junto con el doctor Ceballos, acompañarles a ustedes todo el tiempo que lo deseen, tanto si prefieren esperar noticias aquí como si deciden que nos traslademos al

aeródromo o al hospital, lo que estimen conveniente. En todo caso, mucho es de temer que no tendremos una información más concreta sobre su hijo hasta que sea intervenido, y tampoco sabemos cuánto tiempo puede precisar, debido a la naturaleza de las heridas del teniente. Espero que lo comprendan.

- Comprendido –el padre de Daniel se levantó y dio unos pasos por la estancia. Metió su mano al bolsillo, sacó una cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

- Lo siento, señor Peñalver –se apresuró a indicar el coronel-. Estamos en un recinto oficial y no está permitido fumar.

- ¡Por los cojones no se va a poder fumar! –replicó Dionisio, desafiante-. Deténgame si quiere. ¡Porque yo pienso fumar hasta que se me quemem los huevos!

El coronel Matesanz cabeceó, lamentando la brusquedad de la respuesta, pero no consideró oportuno iniciar, en aquellas circunstancias, una discusión con un hombre malencarado que no había demostrado buenos modales en ningún momento desde su llegada al cuartel. De todos modos, podía comprender su estado de ánimo y pidió a uno de los soldados que le acercara al señor Peñalver un plato de postre para que lo utilizara de cenicero.

- Fume un cigarrillo si quiere –condescendió-. Pero le ruego que luego salgamos usted y yo a fumar al patio, cuando necesite fumar otro. No puedo permitirme incumplir la ley, compréndalo.

- Dionisio, por el amor de Dios –intercedió Lola-. No puedes poner en un compromiso a este señor.

- Lo comprendo, sí. ¡Yo lo comprendo todo! –se encaró el hombre con su mujer-. ¡Hasta que nos estafen diciéndonos que lo de Afganistán es una misión de paz, una misión humanitaria o como coño la llamen, cuando lo cierto es que es una puta guerra en la que han estado a punto

de matar a mi hijo! ¿También hay una ley que les obliga a mentir sobre eso, coronel?

- El Gobierno y el Parlamento, señor Peñalver... Yo, como comprenderá, sólo cumplo órdenes.

- Ya, ya. ¡Hay que joderse...!

Lola acabó su tita y Paula el café al tiempo que Dionisio aplastaba la colilla del cigarrillo en el plato que habían dispuesto en la mesa junto a la bandeja de los canapés. Todos guardaron silencio mientras el coronel, desde su teléfono móvil, parecía escribir un mensaje en respuesta a otro que acababa de llegarle. El doctor Ceballos, alejado del grupo, paseaba a un lado y otro de la estancia a la espera de que fueran requeridos sus servicios.

A Paula no le sorprendió el comportamiento del padre de su novio. Desde que lo conocía, siempre se había mostrado de ese modo a la menor contrariedad o cuando no se le daba la razón, y a su mal carácter unía una especie de desprecio absoluto por todos cuantos le rodeaban. Su mujer, Lola, sabía sobradamente de su forma de ser cuando se casó con él, porque se conocían desde la infancia y eran vecinos y parientes lejanos, esto último Paula no terminó nunca de saberlo con exactitud, y era la única capaz de contradecirle e incluso de alzar más la voz que él cuando discutían por lo que considerara discutible. El hombre no podía vivir sin ella, así que le consentía que se le enfrentase, pero en cambio nunca permitió que su hijo la imitara. De hecho, el ingreso de Daniel en la carrera militar no se debió a ninguna clase de vocación profesional sino al deseo de salir de la casa familiar lo antes posible. Y por eso ingresó en el Ejército como voluntario a los diecisiete años, cuando tenía que haber elegido carrera para matricularse en la Universidad.

Porque se negó a seguir los pasos de su padre.

Dionisio tenía un negocio que él llamaba, con pompa y énfasis, “el Club”. En realidad, *La Divina Con Medias* no era un local de copas para noctámbulos, ni una discoteca ni un *after-hours*, sino una barra americana en la que trabajaban unas cuantas prostitutas y él mismo, que se encargaba de la gerencia y muchas veces de la caja registradora. El negocio, situado a las afueras de Madrid, cerca del aeropuerto de Barajas, había sido redecorado muchas veces en sus veinticinco años de existencia, como habían cambiado también muchas veces las putas que trabajaban en él, y tan pronto predominaban las sudamericanas como las africanas o las provenientes de los países del Este. Dionisio añoraba aquellos tiempos en los que inauguró su Club, tiempos en los que las mujeres en alquiler eran españolas y tenían novio (aunque también fuera su chulo) y, casi siempre, un hijo; no como ahora, que con quien había que negociar era con unos fulanos con aspecto de mafiosos que ofrecían mujeres como quien oferta saldos y mercancías. Su mujer, durante algunos años, le ayudó en la caja y, si era necesario, a atender la barra, pero en cuanto Daniel fue creciendo Lola se fue quedando en casa cada vez más hasta dejar por completo de asistir al negocio. Lo gestionaba desde entonces Dionisio, con ayuda de una de las prostitutas, la más despabilada, a la que ponía siempre detrás de la barra para servir las copas y engatusar a los clientes para que bebieran más.

Pero el negocio era familiar, insistía Dionisio a veces, incluso dando en alguna ocasión un puñetazo en la mesa, y si Lola replicaba que podía gritar cuanto quisiera pero que a ella no la volvería a ver por allí, miraba a Daniel y le advertía que se fuera preparando, que en cuanto cumpliera los dieciocho años trabajaría con él al menos dos noches semanales, y desde luego todos los fines de semana. Daniel siempre le aseguró que no lo haría, pero después de algunos puñetazos

sobre la mesa y de unos cuantos gritos y amenazas decidió no volver a llevarle la contraria. El Ejército, por tanto, fue su solución, una manera de alejarse de su padre, de las putas y de *La Divina Con Medias*.

A su decisión militar se opuso siempre Dionisio, pero no pudo evitarlo. Cada vez que lo veía, le mostraba las cuentas del Club para que viera lo que podía ganar con él y a continuación le preguntaba cuánto estaba ganando deslomándose todo el día con la instrucción, las guardias, los desfiles y todas esas zarandajas. Daniel no contestaba, y le contaba a su madre que ya era cabo, y luego que ya le habían ascendido a sargento en Kosovo, a donde se ofreció como voluntario, o que, al volver de Irak, sería ascendido a teniente. Lola lo besaba, de alegría, y le hablaba del miedo que le hacía pasar mientras andaba por esos andurriales de Dios, mientras Dionisio, sin siquiera mirarlo, siempre comentaba lo mismo, por lo bajo:

- Este chico es gilipollas.

Desde que Paula empezó a salir con él, cinco años hacía ya, sabía que terminarían casándose. Pero Daniel fue posponiendo la boda hasta que ganara lo suficiente para mantener una familia, quedarse en la península y trabajar en labores de despacho, sin necesidad de ofrecerse como voluntario a todos los territorios en conflicto en los que tuviera que intervenir España por decisión de la ONU o de la OTAN. De hecho, le había prometido a Paula que al regreso de Afganistán ya no volvería a solicitar ninguna otra misión y que pediría un destino más cómodo. Y que entonces se casarían. Y Paula dijo sí, emocionada, y añadió que ya estaba deseando que el Gobierno diera la orden de que las tropas regresaran a casa.

- Han llegado noticias del Servicio de Inteligencia –el coronel Matesanz interrumpió los pensamientos de Paula-. No sé si son buenas.

- A ver. ¿Qué pasa ahora? –preguntó el padre, acercándose.

- El teniente Peñalver se encontraba realizando una patrulla al suroeste del campamento y viajaba en su vehículo Lince, el tercero de la formación. La patrulla la componían treinta y siete efectivos, entre oficiales, suboficiales y cuerpo de tropa. Al toparse con un elemento extraño, que el capitán consideró sospechoso, se detuvo la patrulla y mandó llamar a los oficiales. El teniente Peñalver bajó del Lince y se encaminaba a pie hacia la vanguardia de la formación cuando tropezó y cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra un artefacto explosivo que estaba enterrado en mitad del camino. Como consecuencia del estallido de la mina, sólo él ha resultado herido. No ha habido más bajas.

- ¿Y él? –preguntó angustiada Lola-. ¿Qué le ha pasado a él?

- Bueno –carraspeó el coronel-. Habrá que esperar el diagnóstico, pero la explosión le ha producido importantes heridas en la cara y en la cabeza, aunque el casco ha minimizado el efecto del impacto y por eso podemos dar gracias a Dios: está vivo.

- ¡No me lo creo! –gruñó Dionisio-. ¿Le estalla una bomba en la cabeza y me dice que sigue vivo? ¿Qué era? ¿Un petardo de feria?

- No, no. El explosivo, aun siendo de fabricación casera, era de potencia media. Pero la suerte, llamémoslo así, es que se trataba de un compuesto básico de dinamita.

- ¿Suerte? –El padre de Daniel no acababa de comprender.

- Sí, claro –el coronel intentó aclarar lo dicho-. Si hubiera estado a un metro de la explosión, sin duda lo habría descuartizado. Pero estando justo en el foco de la misma ignición, la dinamita no provoca los mismos daños. La dinamita se comporta con un tipo de expansión flamígera que...

- No se moleste, coronel. Lo único que entiendo es que mi hijo está vivo de milagro, en el caso de que todavía lo esté –Dionisio

encendió otro cigarrillo, sin atender a la recomendación anterior-. Sólo díganos a qué hora llegará a Madrid porque quiero verle. En cuanto lo vea, le diré si hoy es día de milagros o de cagarme en todo.

- Dionisio, por favor –Lola se acercó y, llorando, le abrazó.

- Voy a salir a fumar –el hombre se zafó de ella y abandonó la sala a grandes zancadas. Antes de cerrar la puerta con furia se le oyó decir:-
Lo que yo decía: ¡Un gilipollas!